

José Eugenio Prados Sánchez

EL VIOLINISTA. La gente odiaba cómo tocaba pero yo no podía dejar de escucharlo. Cada tarde se colocaba en el mismo sitio, y yo, desde una cafetería cercana, lo veía rasgar su violín con nulo éxito. Era difícil saber de dónde había salido aquel hombre. Podía tratarse de un músico en paro al que se le había olvidado cómo tocar o de un simple oficinista que estaba aprendiendo a hacerlo, donde a la desafinada música le acompañaba un extraño comportamiento. Al concluir cada tema, se inclinaba y daba las gracias a un público invisible. Estrechaba manos y agradecía cumplidos que solo él podía oír, mientras se atusaba su camisa como si portara el más elegante de los trajes. No cabía duda: aquel hombre estaba loco. Tomé unas monedas y fui hacia él. Sin mirarme, pero como si me conociese, hizo un gesto para que me acercara. Acepté, y antes de darme cuenta, todo lo que había a mi alrededor desapareció. No sé cuánto duró aquella experiencia. Solo puedo asegurar que no estaba en la calle, sino en un salón de baile lleno de gente ataviada de gala que bailaba al son de la música más perfecta que jamás he escuchado. El violinista tocaba en esa realidad y regalaba sus notas al único público que las apreciaba. «Es el favorito del zar», oí. Asustado, salí corriendo y la ensoñación se evaporó. Intenté convencerme de que todo había sido un truco y abrí la mano donde todavía llevaba las monedas que había pensado darle. Una gota de sudor recorrió mi frente. Los euros habían desaparecido, y en su lugar había un puñado de kopeks rusos. Leí el año inscrito en ellos: mil ochocientos siete. Y empecé a temblar. Desde entonces, evito cruzarme con el violinista. Si es que aún sigue aquí.